

beza. Entonces punad vos por tomar la corona del Rey, que siendo él muerto, é su hija en vuestro poder, que es la derecha heredera, no habrá persona que vos contrariar pueda.—Cierto, dijo Barsinan, si vos eso haceis, yo vos haré el mas rico é poderoso hombre de cuantos conmigo fueren.—Pues yo haré lo que digo,» dijo Arcalaus.

Por esta causa que ois vino á la corte esté gran señor de Sansueña, Barsinan, al cual el Rey salió con mucha compañía á lo recibir, creyendo que con sana é buena voluntad era su venida; é mandóle aposentar, é á toda su compañía, é darle las cosas todas que menester hobiesen; mas dígoos que viendo él tan gran caballería, é sabido el leal amor que al rey Lisuarte habian, mucho fué arrepentido de tomar aquella empresa, creyendo que á tal hombre ninguna adversidad le podia empecer. Pero, pues que ya en ello estaba, acordó de esperar el cabo, porque muchas veces lo que imposible parece, aquello no con pensado consejo muy mas presto que lo posible en efeto viene; é hablando con el Rey, le dijo: «Rey, yo oí decir que hacíades estas grandes cortes, é vengo ahí por vos hacer honra; que yo no tengo tierra de vos, sino de Dios, que á mis antecesores é á mí libremente dió.—Amigo, dijo el Rey, yo os lo agradezco mucho, y lo galardonaré en lo que á vos tocare que á mi mano venga; que cierto mucho só alegre en ver tan buen hombre como vos sois; é como quiera que yo tengo muchos altos hombres de gran guisa, antes vuestro voto que el suyo me placirá de tomar, creyendo que con aquella voluntad que de vuestra tierra partistes para me visitar, con ella guiaréis vuestro consejo é mi provecho é honra.—Deso podeis vos ser cierto, dijo Barsinan; que en lo que yo supiere seréis de mi consejado, segun el propósito y deseo que aquí me hizo venir.» Él decia en esto verdad; mas el rey Lisuarte, que á otra fin lo echaba, mucho gelo gradeció.

Entonces mandó armar tiendas para sí é para la Reina fuera de la villa, en un gran campo, y dejó sus casas á Barsinan, en que morase, é habló con él muchas cosas de las que tenia pensado de hacer en aquellas cortes, en especial sobre el arte de la caballería; é loábale mucho todos sus caballeros, diciéndole sus grandes bondades; mas sobre todos le ponía delante lo de Amadís é don Galaor, su hermano, como de los dos mejores caballeros que en todo el mundo en aquella sazón podian hallar; y dejándole en los palacios, se fué á las tiendas, donde la Reina ya estaba, é mandó decir á sus hombres buenos que otro dia fuesen allí con él todos; que les quería decir la razon por qué los habia juntado. Barsinan é su compañía hobieron muy abastamente todas las cosas que menester hobieron; mas dígoos que aquella noche no la durmió él asesegado, pensando en la gran locura que habia hecho, creyendo que á tal buen hombre como lo era el Rey, é que tal poder tenia, que la gran sabiduría de Arcalaus ni el poder de todo el mundo le podrian empecer. Otro dia de mañana vistió el Rey sus paños reales, cuales para tal dia le convenian, é mandó que le trajesen la corona que el caballero le dejara, y que dijesen á la Reina que se vistiese el manto. La Reina abrió el arqueta, en

que todo estaba, con la llave que ella siempre en su poder tovo, é no halló ninguna cosa dello, de que muy maravillada fué, é comenzó de santiguar y enviolo decir al Rey; é cuando lo supo, mucho le pesó, pero no lo mostró así ni lo dió á entender; é fuese para la Reina, é sacándola aparte, díjole: «Dueña, ¿cómo guardastes tan mal cosa que tanto á tal tiempo nos convenia?—Señor, dijo ella, no sé qué diga en ello, sino que el arqueta hallé cerrada; é yo he tenido la llave, sin que de persona la haya fiado; pero dígoos tanto, que esta noche me pareció que vino á mí una doncella, é díjome que le mostrase el arqueta, é yo en sueños gela mostraba, y demandábame la llave, é dábárgela, y ella abría el arqueta é sacaba della el manto é la corona, é tornando á cerrar, ponía la llave en el lugar que ante estaba, é cobriase el manto é ponía la corona en la cabeza, pareciéndole tan bien, que muy gran sabor sentia yo en la mirar; é decíame: «Aquel y aquella cuyo será, reinará ante de cinco dias en la tierra del poderoso que se agora trabaja de la defender é de ir conquistar las ajenas tierras.» E yo le preguntaba quién é ese, y ella me decia: «Al tiempo que digo lo sabrás.» Y desapareció ante mí, llevando la corona y el manto; pero dígoos que no puedo entender si esto me avino en sueños ó en verdad.» El Rey lo tovo por gran maravilla é dijo: «Agora vos dejad ende y no lo habéis con otro.» Y saliendo ambos de la tienda, se fueron á la otra, acompañados de tantos caballeros y dueñas é doncellas, que por maravilla lo toviera cualquiera que lo viesse, y sentóse el Rey en una muy rica silla, é la Reina en otra algo mas baja, que en un estrado de paños de oro estaban puestas; é á la parte del Rey se pusieron los caballeros, y de la Reina sus dueñas é doncellas, é los que mas cerca del Rey estaban eran cuatro caballeros que él mas preciaba; é uno Amadís y el otro Galaor, é Agrájes, é Galvanes Sintierra; é á sus espaldas estaba Arban, rey de Norgales, todo armado, con su espada en la mano, é con él docientos caballeros armados.

Pues así estando todos callados, que ninguno hablaba, levantóse en pié una hermosa dueña ricamente guarnida, y levantáronse con ella fasta doce dueñas é doncellas, todas del su mismo atavío vestidas; que esta costumbre tenian las dueñas de gran guisa é los ricos hombres, de llevar á los suyos en semejantes fiestas bien vestidos como sus propios cuerpos. Pues aquella hermosa dueña fué ante el Rey é ante la Reina con tal compañía, é dijo: «Señores, oidme, y deciros he un pleito que contra aquel caballero que hi está tengo.» Y tendió la mano contra Amadís, é comenzando su razon, dijo: «Yo fui gran tiempo demandada por Angriote de Estravaus, que hi presente es.» E contó todo cuanto con él le aviniera, é por cuál razon lo hizo guardar el valle de los Pinos; é avino así, que le hizo dejar el valle por fuerza de armas un caballero que se llama Amadís; é dicenme que seyendo ellos en amistad, le prometió que á todo su poder faria que Angriote me hobiese, é yo puse mi guarda en mi castillo cual me plugo, é cual cuidé que ningun caballero extraño la podia pasar.» E dijo allí cuál era la costumbre, así como el cuento lo ha devisado. Otrosí dijo: «Señor,

toda aquella guarda que os digo ha pasado ese caballero que hi está á vuestros piés.» Y esto decia por Amadís, no sabiendo ella quién fuese; é y desde ese caballero en mi castillo entró prometiendo de su placer de hacer quitar á Amadís de aquel don que Angriote prometiera á todo su leal poder, agora por fuerza de armas ó por otra cualquiera via; é luego despues desta promesa se combatió ese caballero en el castillo con un mi tio que aquí está.» E contó allí por cuál razon la batalla fuera, é lo que en ella les avino; é muchos miraron entonces á Gasinan, que de antes en él no paraban mientes, cuando oyeron decir que habia osado combatir con Amadís. E cuando la dueña vino á contar cima de su batalla dijo cómo su tio fuera vencido y estaba en punto de perder la vida, é cómo ella habia demandado en don al caballero que lo no matase; é y señores, dijo ella, por mi ruego lo dejó á tal pleito que yo viniese á la primera corte que vos ficiédes, y le diese un don cual él lo demandase; é yo, por complir, soy venida á esta corte, que ha sido la primera, é digo ante vos que él se atenga en lo que me prometió, é yo compliré lo que él demandare, si por mí acabar se puede.» Amadís se levantó estonces é dijo: «Señor, la dueña ha dicho verdad en nuestras promesas, que así pasaron, é yo lo otorgo ante vos, que haré quitar á Amadís de lo que prometió á Angriote, y déme ella el don, como lo prometió.» La dueña fué dello muy alegre, é dijo: «Agora pedid lo que quisiédes.» Amadís le dijo: «Lo que yo quiero es que caseis con Angriote é lo ameis así como vos él ama.—Santa Maria! valme, dijo ella, ¿qué es esto que me decis?—Buena señora, dijo Amadís, dígoos que caseis con tal hombre cual debe casar dueña hermosa y de gran guisa, como lo vois sois.—Ay caballero! dijo, y ¿cómo teneis así vuestra promesa?—Yo no vos prometí cosa que no vos atenga, dijo él; que si prometí de hacer quitar á Amadís de la promesa que hizo á Angriote, en esto lo hago; que yo soy Amadís, é dóle su don que le otorgué, é así tengo cuanto dije á vos é á él.» La dueña se maravilló mucho, é dijo contra el Rey: «Señor, ¿es verdad que este buen caballero es Amadís?—Sí, sin falla, dijo él.—Ay mezquina! dijo ella, cómo fui engañada; agora veo que por sino ni por arte no puede hombre huir las cosas que á Dios placen; que yo me trabajé cuanto mas pude por ser partida de Angriote, no por desgrado que dél tengo, ni porque deje de conocer que su grande valor no merezca señorear mi persona, mas por ser mi propósito en tal guisa, que viviendo en toda honestidad, de libre subjeta no me hiciese; é cuando mas dél apartada cuidó estar, estonces me veo tan junta como védes.» El Rey dijo: «Si Dios me ayude, amiga, vos debíades ser alegre desta avenencia; que vois sois hermosa y de gran guisa, y él es hermoso caballero é mancebo; é si vos sois muy rica de haber, él lo es de bondad é virtud, así en armas como en todas las otras buenas maneras que buen caballero debe haber; é por esto me parece ser con gran razon conforme vuestro casamiento y el suyo, é así creo que les parecerá á cuantos en esta corte son.» La Dueña dijo: «E vos, señora Reina, que una de las mas principales mujeres del mundo en seso y en bondad Dios hizo, ¿qué

me decidés?—Dígoos, dijo ella, que, segun es loado y presciado Angriote entre los buenos, merece ser señor de una gran tierra, é amado de cualquier dueña que él amase.» Amadís le dijo: «Mi buena señora, no creais que por accidente ni aficion hice aquella promesa á Angriote; que si tal fuera, mas por locura é liviandad que por virtud me debiera ser reputado; mas conociendo su gran bondad en armas, que á mí muy caro me hobiera de costar, é la gran aficion é amor que él vos tiene, tove por cosa justa que, no solamente yo, mas todos aquellos que buen conocimiento tienen, debriamos procurar cómo él de aquella pasión, é vos del poco conocimiento que dél teníades, fuédes remedios.—Cierto, Señor, dijo ella, en vos ha tanta bondad, que no vos dejaria decir sino verdad ante tantos hombres buenos; y pues lo vos por tan bueno teneis, y el Rey é la Reina, mis señores, yo seria muy loca si de no me pagase, aunque tal pleito sobre mí no toviese de que con derecho no me puedo partir, y védesme aquí, haced de mí á vuestra guisa. Amadís la tomó por la mano, é llamando á Angriote, le dijo delante de quince caballeros de su linaje que con él vinieron: «Amigo, yo vos prometí que vos haria haber vuestra amiga á todo mi poder, é decidme si es esta.—Esta es, dijo Angriote, mi señora é cuyo yo soy.—Pues yo os entrego della, dijo Amadís, por pleito que vos caseis ambos é la honreis é ameis sobre todas las otras del mundo.—Cierto, Señor, dijo Angriote, deso vos creeré yo muy bien.» El Rey mandó al obispo de Salerno que los llevase á la capilla y les diese las bendiciones de la santa Iglesia; é así se fueron Angriote é la dueña é todos los de su linaje con el Obispo á la villa, donde se hizo con mucha solemnidad el casamiento; que podemos decir que, no los hombres, mas Dios, veyendo la gran mesura de que Angriote con aquella dueña usó cuando la en su libre poder tovo, é no quiso contra su voluntad hacer aquello que en el mundo mas deseaba; antes, con gran peligro de su persona, se puso por su mandado donde por Amadís fué puesto muy cerca de la muerte; que quiso que una tan gran resistencia fecha por la razon contra la voluntad tan desordenada, sin aquel mérito que merecia é tanto él deseaba no quedase.

CAPITULO XXXII.

Cómo el rey Lisuarte, estando ayuntadas las cortes, quiso saber su consejo de los caballeros de lo que hacer convenia.

Con sus ricos hombres el rey Lisuarte quedó por les hablar é díjoles: «Amigos, así como Dios me ha fecho mas rico é mas poderoso de tierra y gente que ninguno de mis vecinos, así es razon que, guardando su servicio, procure yo de hacer mejores é mas loadas cosas que ninguno dellos; é quiero que me digais lo que aquello que vuestros juicios alcanzaren, por donde pueda á vos é á mí en mayor honra sostener; é dígoos que lo así faré.» Barsinan, señor de Sansueña, que en el consejo estaba, dijo: «Buenos señores, ya habeis oido lo que el Rey vos encarga; yo ternia por bien, si á él le pluguiese, que dejádoos aparte sin la su presencia, determinádes lo que demanda, por que mas sin empacho vuestros juicios fuesen en la razon guiados, y

después el suyo tomase á aquello que mas á su querer conforme fuese.» El Rey dijo que decia bien, é rogándole á él que con ellos quedase, se pasó á otra tienda, y ellos quedaron en aquella que estaban. Entonces dijo Serolais el flamenco, que á la sazón conde de Clara era: «Señores, en esto que el Rey nos mandó que le aconsejemos, conocido é manifesto está lo que mas cumple, para que su grandeza é honra guardada y ensalzada sea en esta guisa. Los hombres en este mundo no pueden ser poderosos sino por haber grandes gentes ó grandes tesoros; pero, como los tesoros sean para buscar é pagar las gentes, que esta es la mas conveniente cosa de las temporales en que gastar se deben, bien se muestra referirse todo á la mucha compañía, como lo mas principal con que los reyes é grandes, no solamente son amparados é defendidos, mas sojuzgar y señorear lo ajeno como lo suyo propio; é por esto, buenos señores, yo ternia por guisado que otro consejo, si este no, el Rey nuestro señor tomase, haciendo buscar á todas partes los buenos caballeros, dándoles abundantamente de lo suyo, amándolos é haciéndoles honra; é con esto, los extraños de otras tierras se moverian á lo servir, esperando que su trabajo alcanzaria el fruto que merece; que hallaréis, si en vuestras memorias os recogerdes, nunca hasta hoy haber sido ninguno grande ni poderoso sino aquellos que los famosos caballeros buscaron é tuvieron en su compañía; y que con ellos gastando sus tesoros, alcanzaron otros muy mayores de los ajenos.» No hobo lí hombre en el consejo que por bueno no tuviese esto que el Conde dijera, y en ello se otorgaron.

Cuando Barsinan, señor de Sansueña, vió cómo todos en aquello se otorgaban, pesóle de corazón, porque por aquella via muy á duro podia en efecto venir lo que él pensaba, é dijo: «Cierto, nunca vi tantos hombres buenos que tan locamente otorgasen á una palabra; é decirvos he por qué: si este vuestro señor hace lo que el conde de Clara dijo, ante que dos años pasen serán en vuestra tierra tantos caballeros extraños, que no solamente el Rey les dará aquello que á vosotros de dar habia, mas queriéndoles agrandar é contentar como á las cosas nuevas naturalmente se hace, vosotros seréis olvidados y en mucho menos tenidos; así que, mirad bien é con mas acuerdo lo que debédes aconsejar; que á mí no me atañe mas de ser muy pagado y contento, pues que aquí me hallo, que mi consejo vos fuese muy provechoso.» Algunos hobo lí envidiosos é codiciosos que se atovieron á este consejo; así que, luego la discordia entre ellos fué; por donde acordaron que el Rey viniese, é con su gran discrecion escogiese lo mejor. Pues él venido, oyendo enteramente en lo que estaban é la diferencia que tenían, claramente se le representó la razon ante sus ojos, é dijo: «Los reyes no son grandes solamente por lo mucho que tienen, mas por lo mucho que mantienen; que con su sola persona ¿qué harian? Por ventura no tanto como otros ni con ella ¿qué bastaria para gobernar su estado? Ya vos lo podédes entender; ¿serian poderosas las muchas riquezas para le quitar de cuidado? Cierto no, si guardadas no fuesen allí donde se deben; luego bien podemos sojuzgar que el buen entendimiento

y esfuerzo de los hombres es el verdadero tesoro; ¿queréis saber? Mirad lo que con ellos hizo aquel grande Alejandro, aquel fuerte Julio César é aquel orgulloso Aníbal, é otros muchos que contar se podrían, que seyendo en su voluntad liberales de dinero, muy ricos é muy ensalzados con sus caballeros en este mundo, fueron repartiéndolo por ellos, segun que cada uno merecia; é si algo en ello de mas ó de menos hobo, púdesse creer que por la mayor parte lo hicieron, pues que tan lealmente de los mas dellos servidos é acatados fueron. Así que, buenos amigos, no solamente he por bueno procurar é haber buenos caballeros, mas que vosotros con todo cuidado me los trayais é alleguéis; que seyendo yo mas honrado é mas temido de los extraños, mas honrados é guardados vosotros seréis; é si en mí alguna virtud hobiere, nunca olvidaré por los nuevos á los antiguos; é luego me nombrad aquí todos los que por mejores conosceis destes que al presente en mi corte son venidos, porque antes que della partan, en nuestra compañía queden.» Esto se hizo luego, que tomándolos el Rey por un escripto, los mandó á su tienda llamar cuando hobo comido; é allí les rogó que le otorgasen leal compañía, y se no partiesen de su corte sin su mandado; y él les prometió de los querer é amar, é hacer mucha honra y merced; de guisa que guardando sus posesiones de lo suyo propio, dél fuesen sus estados mantenidos. Todos los que allí eran lo otorgaron, fueras ende Amadís, que por ser caballero de la Reina, con alguna causa dello excusar se pudo.

Esto así hecho, la Reina dijo que la escuchasen si les pluguiese; que les queria hablar. Entonces se llegaron todos é callaron por oír lo que diria; ella dijo al Rey: «Señor, pues que tanto habeis ensalzado é honrado los vuestros caballeros, cosa guisada seria que así lo haga yo á las mis dueñas é doncellas; é por su causa á todas en general, por do quiera y en cualquiera parte que estén; é para esto pido á vos é á estos hombres buenos que me otorguéis un don; que en semejantes fiestas se deben pedir é otorgar las buenas cosas.» El Rey miró los caballeros é dijo: «Amigos, ¿qué harémos en esto que la señora Reina pide?—Que se le otorgue, dijeron ellos, todo lo que demandare.—¿Quién hará ende al, dijo don Galaor, sino servir á tan buena señora? Pues que así vos place, dijo el Rey, séale el don otorgado, aunque sea grave de hacer.—Así sea,» dijeron todos ellos. Esto oido por la Reina, dijo: «Lo que vos demandando en don es, que siempre sean de vosotros las dueñas é doncellas muy guardadas y defendidas de cualquiera que tuerto ó desaguisado les ficere; á asi mesmo que si caso fuere que haya prometido algun don á hombre, que vos le pida, é otro don á dueña ó doncella, que antes el dellas seais obligados á cumplir, como parte mas flaca é que mas remedio ha menester; é así lo haciendo, serán con esto las dueñas é doncellas mas favorecidas é guardadas por los caminos que andovieren, é los hombres desmesurados ni crueles no osarán hacerles fuerza ni agravio, sabiendo que tales defensores por su parte y en su favor tienen.» Oido esto por el Rey, fué muy contento del don que la Reina pidió, é todos los caballeros que delante estaban; é así lo mandó el Rey guardar como ella lo pedia, é así se

guardó en la Gran Bretaña por luengos tiempos; que jamás caballero ninguno lo quebrantó por aquellos que en ella sucedieron; pero de cómo fué quebrado no vos lo contarémos, pues que al propósito no hace.

CAPITULO XXXIII.

Cómo estando el rey Lisuarte en gran placer, se humilló ante él una doncella cubierta de luto á pedirle merced tal, que fué por él otorgada.

Con tal compañía estando el rey Lisuarte, en tanto placer como oides, queriendo ya la fortuna comenzar su obra con que aquella gran fiesta en turbacion puesta fuese, entró por la puerta del palacio una doncella asaz hermosa, cubierta de luto, é fincando los hinojos ante el Rey, le dijo: «Señor, todos han placer, sino yo sola, que he cuita é tristeza, é la no puedo perder sino por vos.—Amiga, dijo el Rey, ¿qué cuita es esa que habeis?—Señor, dijo ella, por mi padre é mi tio, que son en prision de una dueña, donde nunca los fará sacar fasta que le den dos caballeros tan buenos en armas como uno que ellos mataron.—E ¿por qué lo mataron? dijo el Rey.—Porque se alababa, dijo ella, que él solo se combatiría con ellos dos, con gran orgullo y soberbia que en sí habia; é ahincólos tanto, que de sobrada vergüenza constreñidos, hobieron de entrar con él en un campo, donde, siendo los dos vencedores, el caballero quedó muerto. Esto fué ante el castillo de Galdenda, la cual siendo señora del castillo, mandó luego prender á mi padre é tio, jurando de los no soltar, porque le mataran aquel caballero que ella tenia para hacer una batalla. Mi padre le dijo: Dueña, por eso no me detengais, ni á este mi hermano; que esa batalla yo la haré. Cierto, dijo ella, no sois vos tal para que mi justicia segura fuese, é dígovos que de aquí no saldréis fasta que me trayais dos caballeros, que cada uno dellos sea tan bueno é tan probado en armas como el que me matastes, porque con ellos se remedie el daño que del muerto me vino.—¿Sabédes vos, dijo el Rey, dónde quiere la dueña que se haga la batalla?—Señor, dijo la doncella, eso no sé yo, sino que veo á mi padre é mi tio presos, contra toda justicia, donde sus amigos no los pueden valer.» E comenzó de llorar muy agramente; y el Rey, que muy piadoso era, hobo della gran duelo, é dijole: «Agora me decid si es lueñe donde esos caballeros son presos.—Bien irán y vernán en cinco dias, dijo la doncella.—Pues escoged aquí dos caballeros, cuales vos agradaren, é irán con vos.—Señor, dijo ella, yo soy de tierra extraña é no conozco á ninguno, é si os pluguiere, iré á la Reina mi señora que me conseje.—En el nombre de Dios,» dijo él. Ella se fué á la Reina, é contóle su razon así como al Rey la contara, é á la cima dijo cómo le daba dos caballeros que con ella fuesen; que le pedia por merced, pues ella no los conocia, por la fe que debia á Dios é al Rey, gelos escogiese ella aquellos que mejor pudiesen su gran cuita remediar.—¿Ay doncella! dijo la Reina, de guisa me rogastes, que lo habré de hacer; mas mucho me pesa de los apartar de aquí.» Estonces hizo llamar á Amadís é á Galaor, y ellos vinieron ante ella, é dijo contra la doncella: «Este caballero es mio,

y este otro del Rey; é dígoos que estos dos son los mejores que yo sé aquí ni en otro lugar.» La doncella preguntó cómo habian nombre; la Reina dijo: «Este ha nombre Amadís, y el otro Galaor.—¿Cómo! Señor, dijo la doncella, ¿vos sois Amadís, el muy buen caballero que par no tiene entre todos los otros? Por Dios, agora se puede acabar lo que yo demando, tanto que allá con vuestro hermano lleguéis.» E dijo á la Reina: «Señora, por Dios os pido que les roguéis que la ida comigó hagan.» La Reina gelo rogó y gelo encomendó mucho. Amadís miró contra su señora Oriana, por ver si otorgaba aquella ida, y ella, habiendo piedad de aquella doncella, dejó caer los guantes de la mano en señal que lo otorgaba; que así lo tenían entre ambos concertado; é como esto vido, dijo contra la Reina que le placia de hacer su mandado. Ella les rogó que se tornasen lo mas presto que ser pudiese, y defendióles que por otra ninguna cosa que excusar pudiesen no tardasen en la venida. Amadís se llegó á Mabilia, que estaba con Oriana hablando, como que delia se queria despedir, é Oriana le dijo: «Amigo, si Dios me vala, mucho me pesa en vos haber otorgado la ida; que mi corazón siente en ello gran angustia.—Quiera Dios que sea por bien, Señora, dijo Amadís; aquel que tan hermosa os hizo vos dé siempre alegría; que do quiera que yo sea, vuestro soy para os servir.—Amigo, señor, dijo ella, pues que ya no puede ser al, á Dios vayais encomendado, y él vos mantenga, é dé honra sobre todos los caballeros del mundo.»

Entonces se partieron de allí, é fuéronse á armar, é despedidos del Rey é de sus amigos, entraron en el camino con la doncella. Así andovieron por donde la doncella los guiaba fasta ser mediodía pasado, que entraron en la floresta que Malaventurada se llamaba, porque nunca entró en ella caballero andante que buena dicha ni ventura hobiese, ni estos dos no se partieron della sin gran pesar; é tanto que alguna cosa comieron de lo que sus escuderos levaban, tornaron á su camino fasta la noche, que facia luna clara. La doncella se aquejaba mucho, é no facia sino andar. Amadís le dijo: «Doncella, ¿no quereis que folguemos alguna pieza?—Quiero, dijo ella; mas será adelante, donde hallarémos unas tiendas con tal gente, que mucho placer vuestra vista les dará; y venid vuestro paso, é yo iré á hacer cómo alberguéis.» Estonces se fué la doncella, y ellos se detenian algo mas; pero no andovieron mucho, que vieron dos tiendas cerca del camino, é hallaron la doncella é otras con ella, que los atendia, é dijo: «Señores, en esta tienda descabalgad é descansaréis; que hoy trajistes gran jornada.» Ellos así lo hicieron, é fallaron sirvientes que les tomaron las armas é los caballos, é leváronlos todo fuera. Amadís les dijo: «¿Por qué nos leváis las armas?—Porque, Señor, dijo la doncella, habeis de dormir en la tienda donde las ponen.» E siendo así desarmados, sentados en un tapete, esperando la cena, no pasó mucho que dieron sobre ellos fasta quince hombres entre caballeros y peones bien armados, y entraron por la puerta de la tienda diciendo: «Sed presos; si no, muertos sois.» Cuando esto oyó Amadís levantóse é dijo: «¿Por santa María! hermano, traídos somos en engaño á la mayor traidon del mundo.» Es-

tonces se juntaron de consuno, y de grado se defendieron, mas no tenían con qué. Los hombres les pusieron las lanzas á los pechos é á las espaldas é á los rostros; é Amadís estaba tan sañudo, que la sangre le salía por las narices é por los ojos, é dijo contra los caballeros: «¡Ay traidores! vos védes bien cómo es; que si nos armas toviésemos, de otra guisa se partiría el pleito.—No vos tiene eso pro, dijo el caballero; sed presos.» Dijo Galaor: «Si lo fuéremos, serlo hemos con gran traicion, y esto probaré yo á los dos mejores de vosotros, é aun dejaría venir tres en tal que me diésedes mis armas.—No ha menester aquí prueba, dijo el caballero; que si mas en este caso habláis, recibiréis gran daño.—¿Qué quereis? dijo Amadís; que antes seremos muertos que presos, ende mas de traidor.» El caballero se tornó á la puerta de la tienda é dijo: «Señora, no se quieren dar á prision; ¿matarlos henos?» Ella dijo: «Estad un poco, é si no ficieren mi voluntad, tajadles las cabezas.» La dueña entró en la tienda, que era muy hermosa y estaba muy sañuda, é dijo á los caballeros del rey Lisuarte: «Sed mis presos; si no, muertos seréis.» Amadís se calló, é Galaor le dijo: «Hermano, agora no habemos de dudar, pues la dueña lo quiere.» E dijo contra la dueña: «Mandadnos dar, Señora, nuestras armas é caballos, é si vuestros hombres no nos pudieren prender, entonces nos ponemos á vuestra prision; que agora en lo ser no hacemos nada por vos, segun en la forma que estamos.—No vos creeré, dijo ella, esta vez; mas conséjovos que seais mis presos.» Ellos lo otorgaron, pues vieron que no podían mas hacer.

Desta guisa que ois fueron otorgados en su prision, sin que la dueña supiese quién eran, que la doncella no lo quiso decir, porque sabia cierto que en la hora los faría matar; de lo cual se ternia por la doncella mas sin ventura del mundo en que por su causa tales dos caballeros muriesen, é mas quisiera la muerte que habelles fecho aquella jornada; pero no pudo ya mas hacer de lo tener secreto. La dueña les dijo: «Caballeros, agora que mis presos sois, os quiero mover un pleito, que si lo otorgais, dejarvos he libres; de otra guisa, creed que vos faré poner en una tan esquivada prision, que os será mas grave que la muerte.—Dueña, dijo Amadís, tal puede ser el pleito, que sin mucha pena lo otorgaríamos, é tal, que si es nuestra vergüenza, antes sofrirémos la muerte.—De vuestra vergüenza, dijo ella, no sé yo; pero si vos otorgais que os despediréis del rey Lisuarte en llegando donde él está, é diréis que lo hecistes por mandado de Madasima, la señora de Gantasi, mandarvos he soltar; y que ella lo hace porque él tiene en su casa al caballero que mató al buen caballero Dardan.» Galaor le dijo: «Señora, si esto mandais, porque el Rey haya pesar, no lo tengais así; que nosotros somos dos caballeros que por agora no tenemos sino esas armas é caballos; é como en su casa haya otros muchos de gran valor que le sirven, poco dará él por nosotros que estemos ó que nos vamos, é á nosotros es eso muy gran vergüenza; tanto, que por ninguna guisa lo farémos.—¿Cómo! dijo ella, ¿antes quereis ser puestos en aquella prision que apartaros del mas falso rey del mundo?»—Dueña, dijo Galaor, no

vos conviene lo que decís; que el Rey es bueno y leal, é no ha en el mundo caballero á quien yo no probase que en él no ha punto de falsedad.—Cierta, dijo la dueña, en mal punto lo amais tanto.» E mandó que les atasen las manos. «Eso haré yo de grado, dijo un caballero, é si lo mandais, les cortaré las cabezas.» E trabó á Amadís del un brazo, mas él lo tiró á sí, é fué por le dar con el puño en la cabeza, y el caballero la desvió, é alcanzándolo en los pechos, fué el golpe tan grande, que lo derribó á sus piés todo estordido. Entonces fué una grande vuelta en la tienda, llegando todos por lo matar; mas un caballero viejo que hí estaba metió mano á su espada é comenzó de amenazar á aquellos que lo querian ferir, é hizolos tirar afuera; pero antes dieron en la espalda diestra á Amadís una lanzada, mas no fué grande; é aquel caballero viejo dijo contra la dueña: «Vos haceis la mayor diablura del mundo en tener caballeros fijodalgo en vuestra prision y dejarlos matar.—¿Cómo! ¿no matarán, dijo ella, al mas loco caballero del mundo, que en mal punto hizo tal locura?» Galaor dijo: «Dueña, no consentirémos que nuestras manos aten sino vos, que sois dueña é muy hermosa, é somos vuestros presos, é conviene de os catar obediencia.—Pues que así es, dijo ella, yo lo haré.» E tomándoles las manos, gelas hizo atar reciamente con una correa; é haciendo desarmar las tiendas, poniéndolos en sendos palafrenes así atados, é hombres que les llevaban las riendas, comenzaron de caminar, é Gandalin y el escudero de Galaor iban á pié, atados en una sogá; é así anduvieron toda la noche por aquella floresta; é dígovos que entonces deseaba Amadís su muerte, no por la mala audanza en que estaba, que mejor que otro sabia sofrir las semejantes cosas, mas por el pleito que la dueña les demandaba; que si lo no ficiese, ponerle—hi—en tal parte donde no pudiese ver á su señora Oriana; é si lo otorgase, asimesmo della se alongaba, no pudiendo vivir en la casa de su padre; é con esto iba tan atónito, que todo lo al del mundo se le olvidaba. El caballero viejo que lo librara cuidó que de la ferida iba mal trecho, é dolióse dél mucho, porque la doncella que allí los trajera le habia dicho que aquel era el mas valiente y mas esforzado caballero en armas que en todo el mundo habia; y esta doncella era hija de aquel caballero, é habíale rogado que por Dios é por merced trabajase de los guardar de muerte; que ella sería por todo el mundo culpada é la ternian por traidora; é díjole cómo aquel era Amadís de Gaula, y el otro Galaor, su hermano, que al Gigante matara. El caballero sabia muy bien á qué fin los habian allí traído, é habia dellos muy gran duelo, por ver tratarlos de tal guisa en ser tales caballeros en armas; y deseaba mucho salvarlos de la muerte, si pudiese, que tan allegada y cercana les veía; y llegando á Amadís, le dijo: «¿Sentides vos mal de vuestra llaga, ó cómo ides?» Amadís cuando lo oyó así al caballero hablar alzó el rostro, é vió que era el caballero viejo que en la tienda lo librara de los otros caballeros que matarlo quisieran, é díjole: «Amigo, señor, yo no he llaga de que me duela; mas duélome de una doncella que á tan gran engaño nos trajo, viniendo nosotros en su ayuda, y facernos tan gran traicion.—¿Ay señor! dijo el caballero,

verdad es que engañados fuistes, é por ventura yo sé mas de vuestra hacienda de lo que vos cuidais, é si Dios me ayude é guarde de mal, cómo vos pornia reparo si alguna manera para ello fallar pudiese; é quiérovos dar un consejo, que será bueno, que si lo tomáis, no vos verná dello mal; que si vos conocen, sabiendo quién sois, no ha en vos sino la muerte, que en el mundo no ha cosa que della vos escape; mas haced agora así: vos sois muy hermoso, é faced buen semblante, y llegarvos he á la dueña tanto que le haya dicho que sois el mejor caballero del mundo, y requeridla de casamiento ó de haber su amor en otra guisa; que ella es mujer que ha su corazon cual le place, y entiendo que por vuestra bondad ó por la hermosura que muy extremada teneis, alcanzaréis una destas dos cosas; é si la quisiere otorgar, punad que sea muy ahina, porque ella tiene de enviar desde onde hoy fuéremos á dormir, á saber de vuestros nombres; é quiérovos mas decir de cierto, que la doncella que vistes, que aquí os ha traído, no gelo ha querido decir, negando que lo sabe; por esta via, é con lo que yo ayudare, podria ser que libres fuésedes.» Amadís, que mas temia á su señora Oriana que la muerte, dijo al caballero: «Amigo, Dios puede hacer de mí su voluntad, mas eso nunca será, aunque me ella rogase é por ello fuese quitó.—Cierta, dijo el caballero, por maravilla lo tengo, que estáis en punto de muerte, é no trabajéis por cualquiera manera de haber guarida.—Tal guarida, dijo Amadís, yo no tomaré, si Dios quisiere; mas hablad con ese otro caballero, que con mas derecho que á mí lo podeis loar.» El caballero se fué entonces á Galaor é hablóle por aquella manera que lo dijera á su hermano, y él fué muy alegre cuando lo oyó, é dijo: «Señor caballero, si vos haceis que yo sea juntado á la dueña, siempre serémos en vuestra honra é mandado.—Agora me dejad ir á hablar con ella, dijo el caballero; yo cuidó algo hacer.» Entonces pasó delante, é llegando á la dueña, dijo: «Señora, vos llevais aquí presos, é no sabeis á quién.—¿Por qué me lo decís? dijo ella.—Porque llevais el mejor caballero de armas que yo agora sé, é mas complido de todas buenas maneras.—¿No sea Amadís? dijo la dueña, aquel que tanto yo querria quitar la vida.—No, Señora, dijo el caballero; que no lo digo sino por este que aquí delante viene, que, demás de su gran bondad, es el mas fermoso caballero mancebo que yo nunca vi, é sois contra él desmesurada, é no lo fagais, que es gran villanía; que, como quiera que sea preso, nunca vos lo mereció, ante lo es por el desamor que á otro habeis; honradle y mostradle buena cara, é podrá ser que por allí lo atraerédes á lo que os place, ante que por otra via.—Pues atenderlo quiero, dijo ella, y veré qué hombre es.—Veréis, dijo el caballero, uno de los mas fermosos caballeros que nunca vistes.» A esta sazón juntó Amadís con Galaor, é díjole: «Galaor, hermano, véoos con gran saña y en peligro de muerte; ruégoos que esta vez os atengais á mi consejo.—Así lo haré, dijo él, é Dios ponga en vos mas vergüenza que miedo.» La dueña tuvo el palafren é atendiólo, é viólo mejor que de noche lo viera, é parecióle el mas fermoso del mundo, é dijo: «Caballero, ¿cómo os vá?»—Dueña, dijo él, vame como no vos

iria si fuésedes en mi poder, como lo soy yo en el vuestro; porque vos haria mucho servicio é placer, é vos no sé á qué causa lo haceis conmigo todo al contrario, no os lo mereciendo; que mejor os sería para ser vuestro caballero é os servir é amar como á mi señora, que no para estar metido en prision que tan poca pro os trae.» La dueña, que lo miraba, fué dél muy pagada mas que de ninguno que visto ni tratado hobiese, é díjole: «Caballero, si yo os quisiese tomar por amigo é quitar desta prision, ¿dejaríades por mí la compañía del rey Lisuarte, é diríades que por mí la dejábades?»—Sí, dijo Galaor, y dello vos haré cualquier pleito que demandádes; é así lo faré aquel otro mi compañero, que no salirá de lo que yo mandare.—Mucho soy ende alegre, é ahora me otorgad lo que decís ante todos estos caballeros, é yo vos otorgaré de hacer luego vuestra voluntad, é quitaré á vos é á vuestro compañero de prision.—Mucho soy contento, dijo Galaor.—Pues quiero, dijo la dueña, que todo se otorgue ante una dueña, donde hoy irémos á albergar, y en tanto asegúradme que vos no partais de mí, é desatarvos han las manos, é iréis sueltos.» Galaor llamó á Amadís é díjole que él le otorgase de no se partir de la dueña; y él lo otorgó, é luego les mandó desatar las manos, é Galaor dijo: «Pues mandad soltar nuestros escuderos, que no se partirán de nos.» E asimismo fueron sueltos, é diéronles un palafren sin silla en que fuesen.

Así fueron todo aquel dia, é Galaor hablando con Madasima; é al sol puesto llegaron al castillo que llamaban Abiés, é la señora les acogió muy bien, que mucho se amaban entrambas dueñas. Madasima dijo á Galaor: «¿Quereisme otorgar el pleito que habemos puesto?»—Quiero de grado, dijo él, é otorgadme vos lo que me prometistes.—En el nombre de Dios, dijo la dueña. Entonces llamó á la señora del castillo é á dos caballerosijos suyos, que ahí eran con ella, é díjoles: «Quiero que seais vosotros testigos de un pleito que con estos caballeros hago.» É dijo por don Galaor: «Este caballero es mi preso é quiero facer dél mi amigo, é así lo es el otro su compañero, é soy convenida con ellos en esta guisa, que ellos se partan del rey Lisuarte, é le digan que por mí lo hacen; é que yo les quite la prision, dejándolos libres, é que vos é vuestros hijos seais con ellos ante el rey Lisuarte, é veais cómo lo cumplan; é si no, que digais é publiqueis lo que pasa, porque todos lo sepan; é desto les doy plazo de diez dias.—Buena amiga, dijo la señora del castillo, á mí me place de hacer lo que decís tanto que ellos lo otorguen.—Así lo otorgamos nos, dijo don Galaor, y esta dueña cumpla lo que de su parte dice.—Eso, dijo ella, luego se hará.» Así quedaron como ois; é aquella noche durmió don Galaor con Madasima, que muy hermosa é muy rica era é hijadalgo, mas no de tal buen precio como debia; y ella fué mas pagada dél que de ningun otro que jamás viese; é á la mañana mandólos dar sus caballos é armas, é quitándoles la prision, se fué camino de Gantasi, que así habia nombre su castillo, é ellos entraron en el camino de Lónres, onde era el rey Lisuarte, muy alegres en haber así escapado de tal traicion, é porque cuidaban salír de su promesa mucho á su honra; é aquella noche albergaron en casa

de un ermitaño, donde hobieron muy pobre cena, é otro dia continuaron su camino.

CAPITULO XXXIV.

En que demuestra la perdición del rey Lisuarte é de todos sus acacimientos á causa de sus promesas, que eran ilícitas.

Estando el rey Lisuarte é la reina Brisena, su mujer, en sus tiendas con muchos caballeros é dueñas é doncellas, al cuarto dia que de allí partieran Amadis é don Galaor, su hermano, entró por la puerta el caballero que el manto é la corona le dejara, como ya oistes; é fíncando los hinojos ante el Rey, le dijo: «Señor, ¿cómo no teneis la hermosa corona que yo vos dejé, é vos, Señora, el rico manto?» El Rey se calló, que ninguna respuesta le quiso dar, y el caballero dijo: «Mucho me place que os no pagastes della, pues que me quitaran de perder la cabeza ó el don que por ello me habiades á dar; é pues así es, mandádmelo dar, que no me puedo detener en ninguna guisa.» Cuando esto oyó, pesóle fuertemente é dijo: «Caballero, el manto ni la corona no os lo puedo dar, que lo he todo perdido; mas me pesa por vos, que tanto os hacia menester, que por mí, aunque mucho valia.—¡Ay cativo! muerto só, dijo el caballero.» E comenzó á hacer un duelo tan grande, que maravilla era, diciendo: «¡Cativo de mí sin ventura! muerto soy de la peor muerte; que nunca murió caballero que la tan poco mereciese. E cañale las lágrimas por las barbas, que eran blancas como la lanablanca. El Rey hobo del gran piedad é dijole: «Caballero, no temais de vuestra cabeza; que toda cosa que yo haya vos la habréis para la guarecer; que así os lo he prometido é así lo terné.» El caballero se le dejó caer á sus piés para gelos besar, mas el Rey lo alzó por la mano é dijo: «Ahora pedid lo que os placera.—Señor, dijo él, verdad es que me hobistes á dar mi manto é mi corona, ó lo que por ello vos pidiese; é Dios sabe, Señor, que mi pensamiento no era demandar lo que agora pediré; é si otra cosa para mi remedio en el mundo hobiese, no os enojaria en ello, mas no puedo hí al hacer; mas bien sé que vos será muy grave de dar; mas tan grave sería que tal hombre como vos fállesciese de su lealtad; á vos pesará de me lo dar, é á mí de lo recibir.—Agora demandad, dijo el Rey; que tan cara cosa no será que yo haya que la vos no hayades.—Muchas mercedes, dijo el caballero; mas es menester que me fagais asegurar de cuantos agora son en vuestra corte, que me no harán tuerto ni fuerza sobre mi don, é por vos mismo me aseguraréis; que de otra guisa ni vuestra verdad sería guardada, ni yo sería satisfecho si por una parte se me diese é por otra me lo quitasen.—Razón es, dijo el Rey, lo que pedis, é así lo otorgo.» E mandólo pregonar. Entonces el caballero dijo: «Señor, yo no podria ser quito de muerte sino por mi corona, é mi manto, ó por vuestra hija Oriana; é agora me dad dello lo que quisiédes; que yo mas querria lo que os dá.—¡Ay caballero, dijo el Rey, mucho me habeis pedido.» E todos hobieron muy gran pesar, que mas ser no podia; pero el Rey, que era el mas leal del mundo, dijo: «No vos pese; que mas conviene la pérdida de mi hija que falta de mi palabra, porque lo uno daña á pocos é lo otro á general; donde redundaria ma-

yor peligro, porque las gentes, no siendo seguras de la verdad de sus señores, muy mal entre ellas el verdadero amor se podria conservar, pues donde este no hay no puede haber cosa que mucha pro tenga.» E mandó que luego le trajesen allí su hija.

Cuando la Reina é las dueñas é doncellas esto oyeron comenzaron á hacer el mayor duelo del mundo; mas el Rey las mandó acoger á sus cámaras, é mandó á todos los suyos que no llorasen, so pena de perder su amor, diciendo: «Agora averná de mi hija lo que Dios tuviere por bien; mas la mi verdad no será á mi saber falsedad.» En esto llegó la muy hermosa Oriana ante el Rey como atónita, y cayéndole á los piés, le dijo: «Padre, señor, ¿qué es esto que quereis hacer?—Fágoles, dijo el Rey, por no quebrar mi palabra.» E dijo contra el caballero: «Veis aquí el don que pedistes; ¿quereis que vaya con ella otra compañia?—Señor, dijo el caballero, no traigo conmigo sino dos caballeros é dos escuderos, aquellos con que vine á vos á Vindiliora, é otra compañia no puedo llevar; mas yo vos digo que no ha de qué temer fasta que la yo ponga en la mano de aquel á quien la he de dar.—¡Vaya con ella una doncella, dijo el Rey, si quisiédes, porque mas honra é honestidad sea, é no vaya entre vos sola.» El caballero lo otorgó. Cuando Oriana esto oyó cayó amortecida; mas esto no hobo menester, que el caballero la tomó entre sus brazos, é llorando, que parecia hacerlo contra su voluntad, é dióla á un escudero que estaba en un rocín muy grande é mucho andador; é poniéndola en la silla, se puso él en las ancas, é dijo el caballero: «Tenedla, no caya, que va tollida; é Dios sabe que en toda esta corte no ha caballero que mas pese que á mí deste hecho.» Y el Rey fizo venir la doncella de Denamarca é mandóla poner en un palafren, é dijo: «Id con vuestra gran señora, é no la dejeis por mal ni por bien que vos avenga en cuanto con ella os dejaren.—¡Ay cativa! dijo ella, nunca cuidé hacer tal ida.» E luego movieron ante el Rey; y el gran caballero é muy membrudo que en Vindiliora no quiso tirar el yelmo, tomó á Oriana por la rienda, é sabed que este era Arcalaus el encantador; é al salir del corral sospiró Oriana muy fuertemente, como si el corazon se le partiese, é dijo así como tollida: «¡Ay buen amigo! en fuerte punto se otorgó el don; que por esto somos vos é yo muertos.» Esto decia por Amadis, que le otorgara la ida con la doncella, é los otros cuidaron que por ella é por su padre lo dijera; mas los que la llevaban entraron luego en la floresta, andando con ella á gran priesa hasta que dejaron aquel camino y entraron en un hondo valle. El Rey cabalgó en un caballo, é un palo en la mano, guardando que ninguno los contrallase, pues que él les habia asegurado.

Mabilia, que á unas finiestras estaba haciendo muy grande duelo, vió cerca del muro pasar á Ardian, el enano de Amadis, que iba en un gran rocín é ligero, é llamólo con gran cuita que tenia, é dijo: «Ardian, amigo, si amas á tu señor, no huelgues dia ni noche hasta que lo falles é le cuentes esta mala ventura que aquí es fecha; é si lo no faces, serle-hí-as traidor; que es cierto que él lo querria agora mas saber que haber esta cibdad por suya.—¡Por santa María! dijo el Enano, él lo sabrá lo mas ahína que ser pudiere.» E dando del azote

al rocín, se fué por el camino que viera ir á su señor á mas andar; mas agora os contaremos lo que á esta sazón aconteció al Rey.

Cuando así él estaba á la entrada de la floresta, como oistes, haciendo tornar todos los caballeros que allí salian, teniendo consigo veinte caballeros, vió venir la doncella á quien él habia el don prometido, diciendo que le probase, é que sabria mas del esfuerzo de su corazon; é venia en un palafren que andaba ahína, é traía á su cuello una espada muy bien guarnida, é una lanza con un fierro muy hermoso, é la asta pintada; é llegando al Rey, le dijo: «Señor, Dios vos salve é dé alegría é corazon que me atengais lo que me prometistes en Vindiliora ante vuestros caballeros.—Doncella, dijo el Rey, yo habia mas menester alegría de la que tengo; mas, como quier que esto sea, bien me miembra lo que os dije, é así lo cumpliré.—Señor, dijo ella, con esa esperanza vengo yo á vos como al mas leal rey del mundo, é agora me vengad de un caballero que va por esta floresta, que mató á mi padre al mayor aleve del mundo é forzóme á mí, y encantóle de tal guisa, que no puede morir si el mas honrado hombre del reino de Lóndres no le da un golpe con esta lanza é otro con esta espada. E la espada diera él á guardar á una su amiga, cuidando que le mucho amaba; pero no era así, que muy mortalmente lo desamaba, é diómela á mí é la lanza para con que me vengase dél; é yo sé que si por vuestra mano no, que el mas honrado sois, por otro no puede ser muerto; é si la venganza vos atreviédes hacer, habédes de ir solo, porque yo le prometí de le dar hoy un caballero con que se combatiese, é á esta causa es allí venido, cuidando que la espada é la lanza no las podria yo haber; y es tal el pleito entre nos, que si él venciere, que le perdona mi queja, é si fuere vencido, que haga dél mi voluntad.—En el nombre de Dios, dijo el Rey, yo quiero ir con vos.» E mandó traer sus armas é armóse ahína, é cabalgó en su caballo, que él mucho preciaba, é la doncella le dijo que ciñese la espada que ella traía; y él, dejando la suya, que era la mejor del mundo, tomó la otra y echó su escudo al cuello. E la doncella le llevó el yelmo é la lanza pintada, é fuése con ella, defendiendo á todos que ninguno fuese tan osado que tras él pensase de ir. E así andovieron un rato por la carrera, mas la doncella gela hizo dejar, é guió por otra parte, cerca de unos árboles que estaban, donde entraban los que llevaban á Oriana, é allí vió estar el Rey un caballero todo armado sobre un caballo negro, é al cuello un escudo verde, el yelmo otro tal. La doncella dijo: «Señor, tomad vuestro yelmo; que védes allí el caballero que vos dije.» El lo enlazó luego, é tomando la lanza, dijo: «Caballero soberbio é de mal talante, agora os guardad.» E abajando la lanza, y el caballero la suya, se dejaron correr contra sí cuanto los caballos los podian llevar, é firiéronse de las lanzas en los escudos; así que, luego fueron quebradas, é la del Rey quebró tan ligero, que solo no la sintió en la mano, é cuidó que fállesciera de su golpe, é puso mano al espada, é el caballero á la suya, é firiéronse por cima de los yelmos, é la espada del caballero entró bien la media por el yelmo del Rey, mas la del Rey quebró luego por cabe la manzana, é cayó el fierro en el suelo. En-
I.C.

tonces conoció que era traicion, y el caballero le comenzó á dar golpes por todas partes á él é al caballo; é cuando el Rey vió que el caballo le mataba fuése á abrazar con él, y el otro asimismo con él, é tiraron por sí tan fuerte, que cayeron en tierra, y el caballero cayó debajo, y el Rey tomó la espada que el otro perdiera de la mano, é comenóle á dar con ella los mayores golpes que podia. La doncella, que esto vido, dió grandes voces, diciendo: «¡Ay Arcalaus! corre, que mucho tardas, é dejás morir tu cohermano.» Cuando el Rey así estaba por matar el caballero oyó un grande estruendo, é volvió la cabeza é vió diez caballeros que contra él venian corriendo, é uno venia delante, diciendo á grandes voces: «Rey Lisuarte, muerto eres; que nunca un dia reinarás ni tomarás corona en la cabeza.» Cuando esto oyó el Rey fué muy espantado, é temióse de ser muerto, é dijo con gran esfuerzo que siempre tuvo é tenia: «Bien puede ser que moriré, pues tanta ventaja me teneis; mas todos moriréis por mí, como traidores é falsos que sois.» E llegando aquel caballero al mas correr de su caballo, dió al Rey de toda su fuerza una tal lanzada en el escudo, que sin detención ninguna de mas poderse valer, le puso las manos en tierra; mas luego fué levantado, como aquel que se queria amparar hasta la muerte, que muy cercana á sí la tenia, é dióle tan cruel golpe del espada en la pierna del caballo, que gela cortó toda, y el caballero cayó so el caballo, é luego dieron todos sobre él, y él se defendia bravamente; mas defensa no tovo hí menester, que él fué mal parado de los pechos de los caballos; é los dos caballeros, que eran á pié, abrazáronse con él é sacáronle la espada de las manos. Despues tiráronle el escudo del cuello y el yelmo de la cabeza, y echáronle una gruesa cadena á la garganta, en que habia dos ramales, é ficiéronle cabalgar en un palafren; é tomándole sendos caballeros por los ramales, comenóronse de ir con él; é llegando entre los árboles, en un valle hallaron á Arcalaus, que tenia á Oriana é á la doncella de Denamarca; y el caballero que iba ante el Rey dijo: «Cohermano, védes aquí el rey Lisuarte.—Cierto, dijo él, buena venida fué esta, é yo haré que nunca dél tema ni de los de su casa.—¡Ay traidor! dijo el Rey, bien sé yo que harías tú toda traicion; eso te haria yo conocer, aunque vó mal llagado, si te agora conmigo quisieses combatir.—Cierto, dijo Arcalaus, por vencer tal caballero como vos no me preciara yo mas.» Así movieron todos de constino por aquella carrera, que se partia en dos lugares, é Arcalaus llamó á un su doncel é dijole: «Vete á Lóndres cuanto pudieres, é di á Barsinan que se trabaje de ser rey, que yo le terné lo que le dije; que todo es ya á punto. El doncel se fué luego, é Arcalaus dijo á su compañero: «Id vos á Daganel con diez caballeros destos, é lleva á Lisuarte é metedlo en la mi cárcel, é yo llevaré á Oriana con estos cuatro, é mostrarle he donde tengo mis libros é mis cosas en Monte-Aldin.» Este era de los mas fuertes castillos del mundo; pues allí fueron partidos los diez caballeros con el Rey, é los cinco con Oriana, en que iba Arcalaus, dando á entender que su persona valia tanto como cinco caballeros.

¿Qué dirémos aquí, emperadores, reyes é grandes que en los altos estados sois reyes? Esté rey Lisuarte

en un día con su grandeza el mundo pensaba señorear, y en este mismo día, perdida la hija, sucesora de sus reinos, él preso, deshonrado, encadenado, en poder de un encantador malo, cruel, se vió, sin darse remedio. Guardáos, guardáos; tened conocimiento de Dios, que aunque los grandes é altos estados da, quiere que la voluntad y el corazon muy humildes é bajos sean, é no en tanto tenidos, que las gracias, los servicios que él meresce, sean en olvido puestos; sino aquello con que sostenerlos pensáis, que es la gran soberbia, la demasiada cobdicia; aquello que es el contrario de lo que él quiere vos lo hará perder con semejante deshonra; é sobre todo, considerad los sus secretos é grandes juicios, que seyendo este rey Lisuarte tan justo, tan franco, tan gracioso, permitióle serle venido tan cruel revés; ¿qué hará contra aquellos que todo esto al contrario tienen? ¿Sabeis qué? Que así como su voluntad fué que deste cruel peligro, milagrosamente se remediase, acatando merecer algo dello las sus buenas obras, así á los que las no hacen ni ponen mesura en sus maldades, en este mundo los cuerpos, y en el otro las ánimas, serán perdidos é dañados. Pues ya el muy poderoso Señor, contento en haber dado tan duro azote á este rey, queriendo mostrar que así para abajar lo alto é lo alzar sus fuerzas bastan, puso en ello el remedio que agora oiréis.

CAPÍTULO XXXV.

Cómo Amadís é Galaor supieron la traicion hecha, é se deliberaron de procurar, si pudiesen, la libertad del Rey é de Oriana.

Veniendo Amadís é Galaor por el camino de Lóndres, donde no menos peligro de muerte habian recebido estando en la prisiou de la dueña señora del castillo de Gantasi, siendo á dos leguas de la cibdad, vieron venir á Arlian el enano cuanto mas el rocín lo podía llevar. Amadís, que lo conoció, dijo: «Aquel es mi enano; é no me creais si con cuita de alguno no viene, porque nos demanda.» El enano llegó á ellos é contóles todas las nuevas cómo llevaban á Oriana. «¡Ay santa María! val, dijo Amadís; é ¿por dónde van los que la llevan?—Cabe la villa es el mas derecho camino,» dijo el enano. Amadís firió al caballo de las espuelas, é comenzó de ir cuanto mas podia, así tollido, que solamente no podia hablar á su hermano, que iba en pos dél. Así pasaron éntrambos cabe la villa de Lóndres cuanto los caballos los podian llevar, que solo no cataban por nada, sino Amadís, que preguntaba á los que veia por dónde llevaban á Oriana, y ellos gelo mostraban.

Pasando Gandalin por so las finiestras donde estaba la Reina é otras muchas mujeres, la Reina lo llamó é lanzóle la espada del Rey, que era una de las mejores que nunca caballero ciñera, é dijole: «Da esta espada á tu señor, é Dios le ayude con ella; é di á él é á Galaor que el Rey se fué de aquí hoy en la mañana con una doncella, é no tornó, ni sabemos dónde lo llevó.» Gandalin tomó la espada é fuése cuanto mas pudo, é Amadís, que no cataba por dónde iba, con la gran cuita é pesar que el paso de un arroyo, é cuidando saltar de la otra parte, el caballo, que cansado era, no lo pudo cumplir é cayó en el lodo. Amadís decendió é tiróle por el freno, é allí lo alcanzó Gandalin, é dióle la es-

pada del Rey é dijole las nuevas dél como la Reina lo dijera; é tomando el caballo de Gandalin, tornó al camino, é Galaor se fué su paso, en cuanto él cabalgó é halló un rastro por donde parecia haber ido caballeros; é atendió á su hermano, é dejando la carrera, acogiéronse al rastro, é á poco rato encontraron unos leñadores, é aquellos vieran toda la aventura del Rey é de Oriana; mas no sopieron quién eran, ni á ellos se osaron allegar; antes se escondieron en las matas mas espesas, é el uno dellos dijo: «Caballeros, ¿venis vos de Lóndres?—E ¿por qué lo preguntais? dijo Galaor.—Porque si ha de allá caballero menos ó doncella, dijo él; que nos vimos aquí una aventura.» Entonces les dijeron cuanto vieran de Oriana é del Rey, y ellos conocieron luego que el Rey fuera preso á traicion; é dijoles Amadís: «¿Sabeis quién eran, é quién prendió á ese rey?—No, dijo él, mas oí á la doncella que lo aquí trajo llamar á grandes voces á Arcalaus.—¡Ay Señor Dios! dijo Amadís, plega á vos de me juntar con aquel traidor.» Los villanos les fueron mostrar por dónde llevaron los diez caballeros al Rey, é los cinco á Oriana, é dijo el villano: «El uno de los cinco era el mejor caballero que nunca vi.—¡Ay! dijo Amadís, aquel es el traidor de Arcalaus.» E dijo á Galaor: «Hermano, señor, id vos en pos del Rey, é Dios guie á mí é á vos.» E firiendo el caballo de las espuelas, se fué por aquella via, é Galaor por la que al Rey llevaban, á cuanto mas andar podian.

Partido Amadís de su hermano, cuitóse tanto de andar, que cuando el sol se queria poner le cansó el caballo, tanto, que de paso no lo podia sacar; é yendo con mucha congoja, vió á la mano diestra cabe una carrera un caballero muerto, y estaba cabe él un escudero que tenia por la rienda un gran caballo. Amadís se llegó á él é dijole: «Amigo, ¿quién mató ese caballero?—Matóle, dijo el escudero, un traidor que acá va, é lleva las mas hermosas doncellas del mundo forzadas; matóle, no por otra razon sino por le preguntar quién eran, é yo no puedo haber quien me ayude á lo llevar de aquí.» Amadís le dijo: «Yo te dejaré este mi escudero que te ayude, é dame ese caballo; é prométote de darte dos caballos mejores por él.» El escudero gelo otorgó. Amadís subió en el caballo, que era muy hermoso, é dijo á Gandalin: «Ayuda al escudero, é tanto que pongais al caballero en algun poblado tórnate á este camino é vénte en pos de mí.» E partiendo de allí, comenzó de se ir por el camino cuanto podia; é hallóse ya cerca del día en un valle donde vió una ermita, é fué allá por saber si moraba hí alguno; é hallando un ermitaño, le preguntó si pasaran por allí cinco caballeros que llevaban dos doncellas. «Señor, dijo el hombre bueno, no pasaron que los yo viese; mas ¿vistes vos un castillo que allá queda?—No, dijo Amadís; é ¿por qué lo decis?—Porque, dijo él, agora se va de aquí un doncel mi sobrino, que me dijo que albergara hí Arcalaus el encantador, é traia unas hermosas doncellas forzadas.—Por Dios, dijo Amadís, pues ese traidor busco yo.—Cierto, dijo el ermitaño, él ha hecho mucho mal en esta tierra, é Dios saque tan mal hombre del mundo ó lo emiende; mas ¿no traeis otra ayuda?—No, dijo Amadís, sino la de Dios.—Señor, dijo el

ermitaño, ¿no decis que son cinco, é Arcalaus, que es el mejor caballero del mundo é mas sin pavor?—Sea él cuanto quisiere, dijo Amadís; que él es traidor é soberbio, é así lo serán los que le aguardan, é por esto no les dudaré.» Entonces le preguntó quién era la doncella; Amadís gelo dijo. El ermitaño dijo: «¡Ay santa María vos ayude! que tan buena señora no sea en poder de tan mal hombre.—¿Habédes alguna cebada, dijo Amadís, para este caballo?—Sí, dijo él, é de grado os la daré.» Pues en tanto que el caballo comia preguntó Amadís cómo era el castillo; el hombre bueno le dijo: «De un caballero que Grumen se llama, primo cohermano de Dardan, aquel que en casa del rey Lisuarte fué muerto, é cuido que por eso acogeria hí los que desaman al rey Lisuarte.—Agora vos encomiendo á Dios, dijo Amadís, é ruégovos que me hayais mientes en vuestras oraciones, é mostradme el camino que al castillo guia.» El hombre bueno gelo mostró, é Amadís anduvo tanto, que llegó á él, é vió que habia el muro alto é las torres espesas; é llegóse á él, mas no oyó hablar á ninguno dentro, é plúgole, que bien cuidó que Arcalaus no seria aun salido, é anduvo el castillo al derredor, é vió que no habia mas de una puerta. Entonces se tiró afuera entre unas peñas, é apeándose del caballo, tomóle por la rienda y estuvo quedo, teniendo siempre los ojos en la puerta, como aquel que no habia sabor de dormir. A esta sazón rompía el alba, é cabalgando en su caballo, tiróse mas afuera por un valle; que hobo recelo, si visto fuese, de poner sospecha que no saldrían los del castillo, cuidando ser mas gente, é subió en un otero cubierto de grandes y espesas matas. Entonces vió salir por la puerta del castillo un caballero, é subióse en otro otero mas alto, é cató la tierra á todas partes. Despues tornóse al castillo, é no tardó mucho que vió salir á Arcalaus é sus cuatro compañeros muy bien armados, y entre ellos la muy hermosa Oriana, é dijo: «¡Ay Dios! agora é siempre me ayude é me guie en su guarda.» En esto se llegó tanto Arcalaus, que pasó cabe donde él estaba; é Oriana iba diciendo: «Amigo, señor, ya nunca os veré, pues que ya se me llega la mi muerte.» A Amadís le vinieron las lágrimas á los ojos, é decendiendo del otero lo mas afina que él pudo, entró con ellos en un gran campo é dijo: «¡Ay Arcalaus traidor! no te conviene llevar tan buena señora.» Oriana, que la voz de su amigo conoció, estremeciése toda; mas Arcalaus é los otros se dejaron á él correr, y él á ellos, é firió á Arcalaus, que delante venia, tan duramente, que lo derribó en tierra por sobre las ancas del caballo, é los otros le firieron, é dellos fallecieron de sus encuentros; é Amadís pasó por ellos, é tornando muy presto su caballo, firió á Grumen, el señor del castillo, que era uno dellos, de tal guisa, que el fierro y el fuste de lanza le salió de la otra parte, é cayó luego muerto, é fué la lanza quebrada. Despues metió mano á la espada del Rey, é dejóse ir á los otros, é metióse entre ellos tan bravo é con tanta saña, que por maravilla era los golpes que les daba; é así le crecia la fuerza y el ardimiento en andar valiente é ligero, que le parecia, si el campo todo fuese lleno de caballeros, que le no podian durar é defender ante la su buena espada.

Haciendo estas maravillas que oides, dijo la doncella de Denamarca contra Oriana: «Señora, acorrida sois, pues aquí es el caballero bienaventurado, é mirad las maravillas que hace.» Oriana dijo entonces: «¡Ay amigo! Dios vos ayude é guarde; que no hay otro en el mundo que nos acorra ni mas valga.» El escudero que la tenia el rocín dijo: «Cierto, yo no atenderé en mi cabeza los golpes que los yelmos é las lorigas no pueden detener ni resistir.» E poniéndola en tierra, se fué huyendo cuanto mas pudo. Amadís, que entre ellos andaba, trayéndolos á su voluntad, dió al uno un tal golpe en el brazo, que gelo derribó en tierra; este comenzó de huir, dando voces con la rabia de la muerte, é fué para otro que ya el yelmo de la cabeza le derribara, é hendióle hasta el pescuezo. Cuando el otro caballero vió tal destruicion en sus compañeros, comenzó de huir cuanto mas podia. Amadís, que movia en pos dél, oyó dar voces á su señora, é tornando presto, vió á Arcalaus, que ya cabalgara, é que tomando á Oriana por el brazo, la pusiera ante sí, é se iba con ella cuanto mas podia. Amadís fué en pos dél sin detención ninguna, é alcanzólo por aquel gran campo; é alzando la espada por lo herir, sufrióse de le dar gran golpe, que la espada era tal, que cuidó que mataria á él é á su señora; é dióle por cima de las espaldas, que no fué de toda su fuerza; pero derribóle un pedazo de la loriga é una pieza del cuero de las espaldas.

Entonces dejó Arcalaus caer en tierra á Oriana por se ir mas afina, que se temia de muerte; é Amadís le dijo: «¡Ay Arcalaus! torna é verás si soy muerto como dejiste.» Mas él no le quiso creer; antes se echó el escudo del cuello, é Amadís lo alcanzó antes, é dióle un golpe de lueñe por la cinta de la espada, é cortó la loriga, y en los lomos, é la punta de la espada alcanzó al caballo en la ijada, é cortóle ya cuanto; así que, el caballo, con el temor, comenzó de correr de tal forma, que en poca de hora se alongó gran pieza. Amadís, como quiera que lo mucho desamase é desease matar, no fué mas adelante por no perder á su señora, é tornóse donde ella estaba; é descendiendo de su caballo, se le fué fincar de hinojos delante é le besó las manos, diciendo: «Agora haga Dios de mí lo que quisiere; que nunca, Señora, os cuidé ver.» Ella estaba tan espantada, que le no podia hablar, é abrazóse con él, que gran miedo habia de los caballeros muertos que cabe ella estaban. La doncella de Denamarca fué á tomar el caballo de Amadís, é vió la espada de Arcalaus en el suelo, é tomándola la trajo á Amadís, é dijo: «Ved, Señor, qué hermosa espada. El la cató, é vió ser aquella con que le echaran en la mar, é gela tomó Arcalaus cuando lo encantó; é así estando, como ois, se acordó Amadís cabe su señora, que no tenia esfuerzo para se levantar, llegó Gandalin, que toda la noche anoquiera, é habia dejado el caballero muerto en una ermita; con que gran placer hobieron. Mas tan grande le hobo él en ver así parado el pleito. Entonces mandó Amadís que pusiese á la doncella de Denamarca en un caballo de los que estaban sueltos, y él puso á Oriana en el palafren de la doncella, é movieron de allí tan alegres, que mas ser no podia. Amadís llevaba á su señora por la rienda, y ella le iba diciendo: «¡Ay! espantada iba de

aquellos caballeros muertos, que no podía en sí tornar; mas él le dijo: «Muy mas espantosa é cruel es aquella muerte que yo por vos padezco; é, Señora, doledvos de mí, é acordáos de lo que me teneis prometido; que si hasta aquí me sostuve, no es por al, sino creyendo que no era mas en vuestra mano ni poder de me dar mas de lo que me daba. Mas si de aquí adelante, viéndoos, Señora, en tanta libertad, no me acorriésedes, ya no bastaría ninguna cosa que la vida sostener me pudiese; antes sería fenecida con la mas rabiosa esperanza que nunca persona murió.» Oriana le dijo: «Por buena fe, amigo, nunca, si yo puedo, por mi causa vos seréis en ese peligro. Yo haré lo que quereis, é vos haced como, aunque aquí yerro ó pecado parezca, no lo sea ante Dios.»

Así andovieron tres leguas hasta entrar en un bosque muy espeso de árboles, que cabe una villa cuanto una legua estaba. A Oriana prendió gran sueño, como quien no había dormido ninguna cosa la noche pasada, é dijo: «Amigo, tan gran sueño me viene, que me no puedo sufrir.—Señora, dijo él, vamos aquel valle é dormiréis.» E desviando de la carrera, se fueron al valle, donde hallaron un pequeño arroyo de agua é yerba verde muy fresca; allí descendió Amadís á su señora é dijo: «Señora, la siesta entra muy caliente; aquí dormiréis hasta que venga la fría; y en tanto enviaré á Gandalin aquella villa, é traernos ha con que refresquemos.—Vaya, dijo Oriana; mas ¿quién gelo dará?» Dijo Amadís: «Dárgelo han sobre aquel caballo, é venirse á pié.—No será así, dijo Oriana; mas lleve este mi anillo, que ya nunca nos tanto como agora valdrá.» E sacándolo del dedo, lo dió á Gandalin; y cuando él se iba dijo paso contra Amadís: «Señor, quien buen tiempo tiene é lo pierde, tarde lo cobra.» E esto dicho, luego se fué. E Amadís entendió bien por qué lo él decía. Oriana se acostó en el manto de la doncella en tanto que Amadís se desarmaba, que bien menester lo había; y como desarmado fué, la doncella se entró á dormir en unas matas espesas, é Amadís tornó á su señora, é cuando así la vió tan hermosa y en su poder, habiéndole ella otorgado su voluntad, fué tan turbado de placer é de empacho, que solo mirar no la osaba; así que, se puede bien decir que en aquella verde yerba, encima de aquel manto, mas por la gracia é comedimiento de Oriana que por la desenvoltura ni osadía de Amadís, fué fecha dueña la mas hermosa doncella del mundo; é creyendo con ello las sus encendidas llamas resfriar, aumentándose en muy mayor cantidad, mas ardientes é con mas fuerza quedaron, así como en los sanos é verdaderos amores acaescer suele. Así estuvieron de consuno con aquellos autos amorosos cuales pensar é sentir puede aquel é aquella que de semejante saeta sus corazones heridos son, hasta que el empacho de la venida de Gandalin hizo á Amadís levantarse, é llamando la Doncella, dieron buena orden de aderezar cómo comiesen, que bien les hacia menester; donde, aunque los muchos servidores é las grandes vajillas de oro é de plata allí faltaron, no quitaron aquel dulce é gran placer que en la comida sobre la yerba hobieron. Mas así como oides estaban estos dos amantes en aquella floresta con tal vida cual nunca á

placer del uno é del otro dejaba fuera, si la pudieran sin empacho é gran vergüenza sostener.

Donde los dejarémos holgar é descansar, é contarémos qué le avino á don Galaor en la demanda del Rey.

CAPITULO XXXVI.

Cómo don Galaor libertó al rey Lisuarte de la prision en que traídoramente lo llevaban.

Partido don Galaor de Amadís, su hermano, como ya oistes, entró en el camino por donde llevaban al Rey, é cuidóse de andar cuanto mas pudo, como aquel que había grande cuita de los alcanzar; é no tenía mientes en cosa que viese, sino en su rastro; é así anduvo hasta hora de vísperas, que entró en un valle, é halló en él la huella de los caballos donde habían parado. Entonces siguió aquel rastro cuanto el caballo lo podía llevar, que le pareció que no podían ir lueño; mas no tardó mucho que vió ante sí un caballero todo bien armado en un buen caballo, que á él salió é le dijo: «Estad, señor caballero, é decidme qué cuita os hace así correr.—Por Dios, dijo Galaor, dejadme de vuestra pregunta; que me detengo con vos, en que mucho mal puede venir.—; Por santa María! dijo el caballero, no pasaréis de aquí hasta que me lo digais ó vos combatais conmigo.» É Galaor no hacia en esto sino irse; y el caballero del valle le dijo: «Cierito, caballero, vos fuides habiendo hecho algun mal, é agora vos guardad; que saberlo quiero.» Entonces fué á él con su lanza bajada, y el caballo al mas correr. Galaor tornó, mas echado el escudo á las espaldas; cuando lo sintió cerca de sí sacó ahína el caballo de la carrera é apartóse, y el caballero no lo pudo encontrar, antes pasó tan recio por él como quien traía el caballo valiente é folgado; é así fué una pieza ante Galaor, é tornó á él, tomando la lanza á sobre mano, é dijole: «Ay caballero malo é cobarde, no te me puedes mamparar por ninguna guisa que me no digas lo que te demando, ó morirás.» Entonces fué para él muy recio; é Galaor, que el caballo mas diestro traía, guardóse del encuentro, é no hacia sino ir adelante cuanto podía andar. El caballero, que su caballo tan presto tener no pudo, cuando tornó vió que Galaor se le había alongado gran pieza, é dijo: «Si me Dios ayude, no me vos iréis así.» Y él, que sabía bien la tierra, tomó por un atajo é fuésele poner en un paso. Galaor, que lo vió, mucho le pesó, y el caballero le dijo: «Cobarde, malo, sin corazon, agora escoged de tres cosas cual quisiédes: ó que os combatais, ó vos tornad, ó me decid lo que os pregunto.—De cualquier me pesa, dijo Galaor; mas no haceis como cortés, que yo no me tornaré, é si me combatiere, no será á mi placer; mas si quereis saber la priesa que llevo, seguidme y verlo heis, porque me determina mucho en vos lo contar, é á la cima no me creeríades; tanto es de mala ventura.—En el nombre de Dios, dijo el caballero, agora pasad, é dígovos que no iréis este tercero día sin mí.» Galaor pasó adelante, y el caballero en pos dél; é cuando á media legua de aquel lugar fueron, vieron andar un caballero á pié todo armado tras un caballo de que cayera, é otro caballero que dél se partía, que se iba á mas andar; y el caballero que iba con don Galaor conoció al caballero der-

ribado, que era su primo cohermano, é fué ahína le tomar el caballo, é dióselo, diciendo: «¿Qué fué esto, señor cohermano?» é dijo: «Yo iba cuidando en lo que vos sabeis; así que, solo en mí no paraba mientes, é no caté sino cuando me dió aquel caballero que allá va una lanzada en el escudo tal, que el caballo hinojó conmigo, é yo caí en tierra y el caballo fuyó; mas luego puse mano á la espada é llamélo á la batalla, pero no quiso venir, antes me dijo que otra vez fuese mas acordado en responder cuando me llamasen; é por la fe que debeis á Dios, dijo él, vayamos tras él, si lo haber pudiéremos, é veréis cómo me vengo.—Eso no puedo yo hacer, dijo el cohermano; que este tercero día he de aguardar aquel caballero tras quien vó.» E contóle cuanto con él le aviniera. «Cierito, dijo el caballero, ó él es el mas cobarde del mundo, ó va acometer algun gran hecho, porque se así guarda, é quiero dejar la venganza de mi injuria por ver lo que averná deste pleito.»

En esto vieron ir á Galaor lueño, que él no hacia sino andar, é los dos cohermanos se fueron en pos dél; é á esta hora era ya cerca de la noche. Galaor entró en una floresta, é con la noche perdió el rastro, é no sabía á cuál parte ir. Estonces comenzó á pedir merced á Dios que lo guiasen en tal manera, que fuese el primero que aquel socorro hiciese, et cuidando que los caballeros se desviarían con el Rey á alguna parte á dormir, anduvo escuchando de un cabo y de otro por unos valles, mas no oía nada. Los dos cohermanos, que lo seguían, cuidaban que por el camino iba; mas cuanto anduvieron fasta una legua salieron de la floresta é no le vieron; é creyendo que se les escondiera, fueron á albergar á casa de una dueña que hí cerca moraba. Galaor anduvo por la floresta á todas partes, y pensó de pasar la floresta, pues que en ella nada fallaba, é sobir otro día en algun otero alto para mirar la tierra; é tornando al camino que ante llevaba, anduvo tanto, que salió á lo raso, y estonces vió suso por un valle un fuego pequeño, é yendo allá, falló que posaban hí arrieros; é cuando así armado lo vieron, con miedo tomaron lanzas é hachas, é fueron contra él, y él les dijo que se no temiesen de ningun mal, mas que les rogaba que le diesen un poco de cebada para el caballo. Ellos gela dieron, é allí dió de cenar á su caballo; ellos le dijeron si comería; él dijo que no, mas que dormiría un poco que lo despertasen ante que amaneciese.

Entonces eran ya pasadas las dos partes de la noche. Galaor se echó á dormir cabe el fuego así armado, é cuando el alba comenzó á romper levantóse, que no dormía mucho aseogado, como aquel que había gran cuita en no hallar los que buscaba; é cabalgando en su caballo, tomando sus armas, los acomendó á Dios, y ellos á él, que el su escudero no pudo tener con él, y desde allí prometió, si Dios le guardase, de dar á su escudero el mejor caballo; é fuése derecho á un otero alto, é desde allí comenzó de mirar la tierra á todas partes. Estonces salieron los dos cohermanos que en la casa de la dueña albergaran, y esto era ya de día; é vieron á Galaor, é conociéronlo en el escudo, é fueron contra él; mas ellos en moviendo viéronlo decender del otero cuanto su caballo lo podía llevar, y el caballero derribado dijo:

«Ya nos vió é fuye; cierito, yo cuído que por alguna mala ventura anda así fuyendo y encubriéndose; é Dios no me ayude, si lo alcanzar puedo, si delo lo sé á su daño, si lo mereciere, é vayamos tras él.» Mas don Galaor, que muy léjos de su cuidar estaba, viera ya pasar los caballeros un paso que á la salida de la floresta había, é los cinco pasaban adelante, é los otros cinco despues, y en medio dellos iban hombres desarmados, y él cuidó que aquellos eran los que al Rey llevaban, é fué contra ellos tal como aquel que ya su muerte por salvar la vida ajena tenia ofrecido; é seyendo cerca dellos, vio al Rey metido en la cadena, é hobo dél tal pesar, que no dudando la muerte, se dejó correr á los cinco que delante venían é dijo: «; Ay traidores! por vuestro mal posistes mano en el mejor hombre del mundo.» E los cinco vinieron contra él; mas él hirió al primero por los pechos en guisa que el fierro con un pedazo de la asta le salió á las espaldas, é dió con él muerto en tierra; é los otros le firieron tan fuerte, que el caballo hicieron con él hinojar, y el uno le metió la lanza por entre el pecho y el escudo, é perdiéndola, la tomó Galaor, é fué herir al otro con ella en la cuxa de la pierna, é falsóle el arnés é la pierna, y entró la lanza por el caballo; así que, el caballero fué tollido é allí quebró la lanza, é poniendo mano á la espada, vió venir todos los otros contra sí, y él se metió entre ellos tan bravo, que no ha hombre que de verlo no se espantase cómo podía sufrir tantos y tales golpes como le daban; y estando en esta gran priesa y peligro, por ser los caballeros muchos, quisole Dios acorrer con los dos cohermanos que lo seguían, que cuando así lo vieron mucho fueron maravillados de tan gran bondad de caballero, é dijo el que en pos dél iba: «Cierito, sin razon culpábamos aquel de cobarde, é vámosle socorrer en tan gran priesa.—; Quién haría al, dijo el otro, sino acorrer al mejor caballero del mundo? Y no creais que tantos hombres acomete sino por algun gran hecho.» Entonces se dejaron ir á gran correr de los caballos, é fueron los ferir muy bravamente, como aquellos que eran muy esforzados é sabidores de aquel menester, que no había hí tal dellos que no pasase de diez años que fuera caballero andante; é dígoos que el primero había nombre Ladasin el esgremidor, y el otro don Guilan el cuidador, el buen caballero. A esta sazón había ya menester Galaor mucho su ayuda; que el yelmo había tajado por muchos lugares é abollado, y el arnés roto por todas partes, y el caballo llagado, que cerca andaba de caer; mas por eso no dejaba él de hacer maravillas é dar tan grandes golpes á los que alcanzaba; que á duro lo osaban atender; é cuidaba que si su caballo no le falleciese, que le no durarian, que si fin no los matase; mas seyendo llegados los dos cohermanos, como ya oistes, estonces se le paraba á él mejor el pleito; que ellos se combatían tan bien con tan gran esfuerzo, que él se maravilló mucho; é como así se halló mas libre en ser los golpes que él llevaba repartidos, entonces hacia él las cosas extrañas, que podía ferir á su voluntad; é fué tan grande la priesa que les dió, é los cohermanos en su ayuda, que en poca de hora fueron todos muertos é vencidos.

Quando esto vió el cohermano Jé Arcaus dejóse ir